

El Chisme

ÓRGANO DE LAS SEÑORAS

LAS DEL CHISME, POR ESCALER.



I

Y así, tan rica y tan fresca,
cuando la tarde desmaya
sale la niña á la playa
para ver lo que se pesca.

¡AQUI ESTOY!

A toda la prensa en general y á los colegas locales en particular; al público todo y en especial al que nos compre: ¡SALUD!

¡Aquí está EL CHISME!

EL CHISME (órgano de las señoras; periódico casi verde) no viene á llenar ningún vacío, como no sea el que de vez en cuando se nota en el bolsillo de sus redactores; ni viene «á ocupar un puesto en la biblioteca de todo hombre medianamente instruido», ni menos «á añadir su grano de arena al hermoso edificio de nuestra literatura patria»

¡Quíá!

EL CHISME (órgano de las señoras) viene sencillamente á reírse y á hacer reír. Esta es su misión y á ella piensa dedicarse en cuerpo y alma.

Es periódico en colores, y se comprende. No EL CHISME, sino *El Arco Iris* debíamos titularlo, si á los colores que ha de tener nos atuviéramos. Porque ver-

des lo somos por naturaleza; consecuencia de este color será el rojo de la vergüenza, ó el de la indignación que forzosamente ha de producir en nosotros la contemplación de las miserias humanas; para competir con tanto periódico como en Barcelona existe, vamos á vernos negros... y de oro y azul no faltará quien nos ponga.

Porque ya lo sabemos. No ignoramos que habrá seres timoratos y metucosos, críticos á los cuales no les parezca bien nuestra misión, é intenten estorbarla y zherirnos. Pero los comprendemos y de antemano les perdonamos. El carácter de verde que ostenta EL CHISME justifica que ellos intenten clavarle el diente.

Somos, además, órgano de las señoras.

A defenderlas y ampararlas dedicaremos todos nuestros esfuerzos. Siempre, y ahora más que nunca, hemos tenido y tendremos nuestro CHISME a su disposición.

Y basta; que bien mirado es inútil cuanto decimos y pudiéramos decir. ¿No se trata de EL CHISME? Pues ¡oh, lector! de ante lo tienes. Que te deleite...

Y que hoy, con más razón que nunca, pueda decirse que es muy solicitado EL CHISME (órgano de las señoras).

LA REDACCIÓN.

AQUI ESTA «EL CHISME.»

Después de muchos sudores ya ha salido al redondel, caballero en tres colores, y aquí está EL CHISME, señores, para quien quiera algo de él. ¿Que qué es EL CHISME? Quisiera contestar á esa pregunta con la extensión que debiera, pero tiene mucha punta para hacerlo á la ligera.

Si á decir fuera, diría que es, dando en la historia un salto desde Adán y Eva hasta el día... ¡pero he empezado muy alto! ¡bajaré la puntería!

Después de todo, es en vano que te lo explique, lector, como si fuera un arcano: ¿No lo tienes en la mano? Míralo y es lo mejor.

¿Para qué te he de decir á que viene, á donde ha de ir, cuáles son sus ideales, ni te lo he de describir con sus pelos y señales? Nuestro CHISME, el que has como tú mismo verás, ¡prado, es, poco menos ó más, un semanario ilustrado lo mismo que los demás;

que viene sencillamente á hacer reír á la gente y á ser, queridas lectoras,

órgano de las señoras (mejorando lo presente.)

Sí, señor: á defender y amparar y proteger á la mujer indefensa y á ser su órgano en la prensa... por lo que pudiera ser.

«Todo para ellas» será nuestra enseña bendecida, y aquí está EL CHISME, que ya dispuesto y rabiando está por probárselo enseguida.

No será, pues, presumir creer que con este anhelo que EL CHISME trae al salir, á todas les va á venir... como llovido del cielo.

Lo que será es verde ¡vaya! tan subidito como haya cualquier otro por ahí; pero que en llegando allí, no pasará de la raya.

En fin ¡que va á ser la mar! Verán ustedes tirar la canela y el salero! ¡Verán qué modo de dar con EL CHISME al mundo entero!

¡Y no digo si hablaremos tomándolo todo á chungá! ¡si todos los que lo hacemos tenemos una sandunga que no nos la merecemos!

Vengan á nosotros, pues, feos, graciosos ó bellas,

á contarnos sus querellas; ¡no nos mueve otro interés que el de darles gusto á ellas!

La que se muera de amor porque un amante cruel la abandona en su dolor... ¡que acuda al CHISME! ¡con él desahogará en furor!

Que venga aquí la soltera que busca novio y que no lo encuentra y se desespera... EL CHISME le proporcionará todo lo quiera.

La casada, la viudita... que vengan enseguidita, que nadie, nadie lo veda... ¡sobre todo una bonita que se venga en cuanto pueda!

Y todas, en conclusión, vengan con ó sin razón á nosotros; si se vienen aquí está EL CHISME! y ¡lo tiene siempre á su disposición! ¡nen

Y creo que ya, señores, sabéis qué es y á que ha venido, caballero en tres colores, EL CHISME, que hoy ha salido después de muchos sudores.

Y que espera abrir la boca en medio del redondel para ver á quien soloca. ¡Conque á ver quien nos lo toca ó quien quiere algo con él!

GALÍ (MATÍAS)

QUISICOSA.

Ramón y Rosa se amaban,
ó al menos esto decían
á las gentes que sabían
que en relaciones estaban.

Pero los padres de Rosa,
item mas otros parientes,
ponían inconvenientes
á esta pasión amorosa.

E impidiendo el casamiento
con pretextos estudiados,
(pretextos siempre inventados
sin motivo y fundamento.)

Causaban la decepción
de Ramón y su adorada,
que no lograban la ansiada
y archiapetecida unión.

Y en vano Ramón quería
inquerir la verdad toda
y saber porqué á la boda
la familia se oponía.

Pues no le daban razones
del *por qué* y causa del caso,
ó le sacaban del paso
con tales explicaciones,
que cansado al fin, Ramón,
después de reñir con Rosa
solicitó por esposa
á una tal Encarnación.

Y empezó Rosa á enfermar
de tal modo, que creía
la gente, que se moría
sin poderlo remediar.

Y adquirió tal palidez
su rostro; y la calentura
ajó tanto la hermosura
de su delicada tez.

Que un doctor dijo: Es preciso
casarla... *Sinó se vá...*
porque la muchacha está
en un grave compromiso.

Pues siendo como es, celosa,
antes que ver á su amado
con otra mujer casado,
acabará en... cualquier cosa.

Por lo tanto, con Ramón
casar á Rosa conviene:
pues de todo lo que tiene
es causa la Encarnación.

ANTONIO LIMINIANA.

SONETOS.

ECCO IL PROBLEMA.

Ya se que estás, mujer, arrepentida,
y que tu alma, en el bien, mucho adelanta,
pero no creo yo que virtud tanta
salga del corazón de una perdida.

Tú jamás has creído en la otra vida,
ni tuviste, jamás, pujos de santa,
que allí dó posas tu pequeña planta
el vicio refinado siempre anida.

Y por eso me extrañan tus antojos
de anhelar ser virtuosa, siendo impura
y llevando lujuria hasta en los ojos.

Mas... dime, con franqueza: en tu locura,
cuando ante los altares caes de hinojos
¡adoras al Señor, ó al Señor... cura?

DAR EL QUESO...

No estoy ducho en venganzas, lo confieso,
y ayer me ha preguntado Juan García,
las medidas que, al punto, tomaría
si mi esposa — ¡cruel! — me *diese el queso...*

No caí en la intención con que el camueso
de Juan, al preguntarme, lo decía,
y respondí... no sé qué tontería,
si no lógica, al fin de mucho peso.

Pero hoy que, con cordura, lo he pensado,
al ver la situación abrumadora
que me puede crear el ser casado;
para que lo comprenda aun el más romo,
digo, que si algún día mi señora
me llega á *dar el queso...* ¡me lo como!

JOSÉ JUAN CADENAS.

¡ANGEL CAIDO!

Hacia mucho tiempo (desde el día de nuestro rompimiento) que no había vuelto á ver á Matilde.

¿Que por qué rompimos? Pues por una sola cosa: por el genio endiablado que ella tenía, genio que hacía que siempre estuviéramos *de monos*; que por lo que respecta á su fidelidad... ¡Oh, en ese punto si que estaba satisfecho de Matilde! Ella seria ligera y coqueta y caprichosa y todo, todo... pero fiel, también lo era.

¡Ya lo creo! ¡La fidelidad andando!
¡Oh!

Cuando me vió me tendió una mano, sin ninguna clase de resentimiento.

—¿Qué haces?

—Nada: ¿y tú?

—Nada... ¡Si pasásemos el día juntos!

—¿Por qué no? Espérate: voy á detener un coche y...

—No: estamos á la puerta de casa. Subamos.

Y subimos.

Durante la ascensión, me explicó que había dejado su última habitación porque le recordaba demasiadas cosas. La que habitaba ahora era mejor y más lujosa.

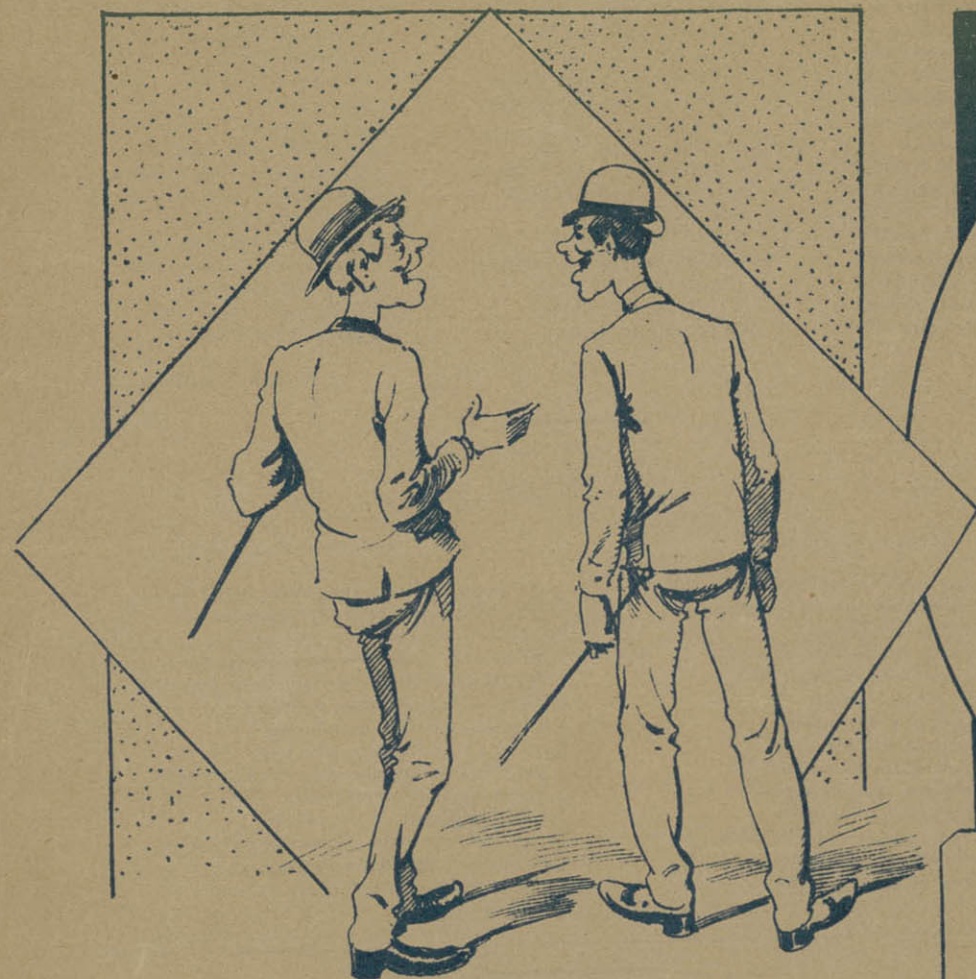
También había cambiado de criada. La que tenía entonces no me conocía y al entrar se me quedó mirando con aire de extrañeza.

—Es un amigo, Julia, la dijo Matilde. Y la despidió de la habitación.

Yo estaba un poquito.... animado. Pasar el día con una mujer joven y guapa, á quien se conoce mucho (¡ya lo creo!) y á quien hacía tiempo que no veía; estar solo con ella, dispuesto á renovar antiguas amistades y á obtener toda la felicidad que ella está pronta á conceder... ¿quién no se anima, caballeros?

Apenas hacía cinco minutos que estaba solo con Matilde, cuando resonó con estrépito la campanilla de la puerta.

DIALOGOS, POR CILLA.



--Si, hombre, si; siga V. á esa mujer y libre Vd. de ella al marido, que él se lo agradecerá.

--¿Pero Vd. qué sabe?...

--Si, señor; lo sé, porque el marido de esa mujer... soy yo.



-- Todo nos brinda ventura y horas de amor deliciosas; hasta esa fuente murmura...
--¡Claro! ¡Si oye, criatura, que me pides esas cosas!



--¿Y qué haremos la primera tarde?
--Pues nos subiremos á la montaña, entraremos en el bosque, estaremos allí solitos....
--¿Y luego?...
--Toma: luego... ¡nos casaremos!



--¿Comprar polvos? Bueno y santo que otra los compre: tú no.
--¿Pues quién va á dármelos?--Yo.
--¡No tiene V. fondos pa' tanto!



--¿Que si quiero subir? ¡Otra! ¡Aunque no sué más que hasta sargento!...

Julia acudió al punto.

—Es *el señor*, dijo; le conozco en la manera de llamar.

Matilde hizo un ligero movimiento de despecho.

—¿Cómo? dijo, ¿pero no había partido esta mañana?

Segundo campanillazo. Julia corrió á la puerta y yo mire á Matilde incomodado.

—¿Cómo? *el señor*?

—Sí, el señor; me respondió ella; puesto que tú me habías dejado, fuerza era buscar un sustituto.

—¡Caramba! Pero debías habérmelo advertido.

—No se trata ahora de eso. Escóndete aquí... ¡y pronto!

Y me empujó hacia un gabinete contiguo, pequeño y oscuro.

Ya era tiempo; apenas había cerrado la puerta del gabinete, cuando entró *el señor* en la habitación.

Yo, la verdad, empezaba á arrepentirme de haber ido allí. ¡Yo, que estaba acostumbrado á entrar en casa de Matilde como amo, verme ahora obligado á desempeñar el papel de amante de segunda fila!

No podía ver lo que pasaba en el gabinete, pero aguzando el oído, noté que el recién llegado decía:

—Buenos días, hermosísima Matilde.

¡Caramba, caramba!...

Ya buscaba yo el modo de salir dignamente de mi situación, cuando... ¡tilín, tilín, tilín! la campanilla de la puerta sonó por segunda vez.

—Señora, dijo Julia, no me equivoco. El que llama ahora es *el señor*.

¡Cómo! ¿no era *el señor* legítimo el que estaba solo con Matilde hac a cinco minutos?

Decididamente, yo estaba arrepentido de haber ido allí.

Matilde, sin que pareciera haberse alterado en lo más mínimo, dijo á su visitante:

—Es necesario que se esconda Vd. ¡Pronto! ¡en este gabinete!

—¡Bueno! respondió el otro con acento resignado.

Y se dirigía hacia el cuarto que ocupaba yo, cuando ella le dijo vivamente:

—No; ahí no; aquí.

Y le metió en otro contiguo al mío.

Aquella alcoba estaba admirablemente dispuesta; era una alcoba de doble fondo, como quien dice. No había

más que apretar un botón oculto en las molduras de la tapicería y ¡crac! se hallaba uno en presencia de un gabinetito oculto.

Aquel descubrimiento me causó cierto despecho.

—¡Oh! me decía yo. ¿Cómo ha cambiado Matilde desde que yo la dejé! En mi tiempo sí que era fiel, pero ahora!... ¡Fragilidad, fragilidad, por algo tienes nombre de mujer!

Mientras tanto, *el señor* había entrado y se había sentado al lado de Matilde, como quien está seguro de no ser interrumpido.

Luego... luego...

Yo no quiero acordarme de lo que pasó allí. Sólo recuerdo que ya casi no podía contenerme, cuando *el señor* dijo con voz débil y remolona:

—¿Qué te parece, cara Matilde? ¡si pasáramos al comedor!

—Vamos, dijo ella alegremente.

Y salieron.

Apenas hubieron desaparecido, las puertas de los dos gabinetes se abrieron simultáneamente.

—¡Calla! parece que no estab solo, dijo el desconocido.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es escurrirnos, le contesté.

—Lo mismo pienso.

Y una vez en la calle,

—¡Caramba! le dije; ¿parece que está Vd. muy á corriente de las costumbres de la casa?

—Ya lo creo, me contestó; como que hace algún tiempo que conozco á Matilde!

—¿Algún tiempo?

—Sí, señor: yo soy su amigo favorito. Allí en la otra casa que tenía, llegamos hasta encontrarnos cuatro metidos en diferentes escondites; parece que el pagano era entonces un infeliz...

—Diga Vd.: ¿y cuánto tiempo hace de eso?

—Tres años.

¡Zambomba!

¡Aquel infeliz era yo!

¡Sólo hacía seis meses que yo había tronado con Matilde!

¡Y yo que la creía tan fiel!

CANUTO DELGADO.

LA EDUCACION RELIGIOSA

(CUENTO)

I.

Pues, señor, este era un cura que tenía una sobrina, la muchacha más divina que había en Extremadura.

La quiso el tío educar para monja, y lo lograba, que aunque Tecla se llamaba, no se dejaba *tocar*.

La requerían de amores los mozos con gran deseo, y ella mandaba á paseo á todos los labradores.

Y si había un temerón que cometía un exceso, en vez de lograr un beso, se encontraba un bofetón.

Así Tecla conservaba, tranquila, pura y hermosa, la educación religiosa que su buen tío le daba.

II.

Dormía Tecla con gozo, en sueño dulce y sereno, mostrando el turgente seno por encima del embozo,

y al despuntar la mañana, en su frente un arbol dejaba la luz del sol que entraba por la ventana.

El blando lecho al dejar, sus buenas formas luciendo, era una Venus saliendo de las espumas del mar.

Y aún no tenía sujeta la falda en su esbelto talle, cuando se escuchó en la calle el rumor de una corneta.

Por la ventana al mirar, vió, aguerridos y altaneros, penetrar muchos lanceros en la plaza del lugar.

Vió que el alcalde al momento les salía á recibir

y comenzó á repartir bofetadas de alojamiento; que el capitán se procura alojamiento decente, y que manda al asistente llamar á casa del cura.

Y ella, al ver al capitán

y al sentir el aldabón,
sentía su corazón
latir con creciente afán.

Mas no importaba; con brío
mostraría ella orgullosa,
ya educación religiosa
que la daba su buen tío.

III.

La tropa el pueblo dejó
á la mañana siguiente
y á despedirla, la gente
hasta las eras salió.

Y al contemplar con afán
los aguerridos soldados;
observaron admirados
que faltaba el capitán.

Por fin so supo que, alarde
haciendo de su finura,
le obligaba el señor cura
á quedarse hasta la tarde.

Más la tarde al comenzar
con furia empezó á llover,
y fué preciso ceder
y al otro día esperar.

Al despuntar la mañana,
vió la gente jornalera
arrimada una escalera
debajo de una ventana.

Y al señor cura le dan
una noticia espantosa;
¡La educación religiosa...
huyó con el capitán!

JOSÉ BORRÁS.

ESPADAS Y VAINAS

Se ausentaba de un lugar
un regimiento aguerrido,
y todo el pueblo reunido
acudió á verle marchar.

Permaneció en la aldehuela
una semana alojado,
y como en guerra el soldado
sino corre es porque vuela,
los gallardos campeones
de aquella legión de Marte,
flecharon de parte á parte
multitud de corazones.

Y entre los hombres, igual:
lograron mucho partido,
por su genio decidido

y su palabra jovial.

Que era constante el derroche
de donaire y de alegría,
y armaban juerga de día,
y armaban juerga de noche.

Por esta causa, sentida
era su marcha, y la gente
se aprestaba diligente
á darles la despedida.

Desfilaba el regimiento
en grupos desordenados,
y marchaban los soldados
sin demostrar sentimiento.

Los oficiales, marciales
los aceros empuñaban,

y los mozos envidiaban
sus desenvueltos modales.

Del sol los rayos can-lentes
sobre la tropa caían...
las espadas despedían
destellos resplandecientes.

Y al mirarlas, un gañán
dijo á una moza á él cercana:
—Buena espada toleda...
la que lleva el capitán.

Y al instante, con calor
replicó la interpelada:
—Vaya si es buena la espada,
¡pero la vaina es mejor!

FLORETE.

CHISMES Y CUENTOS.

Hablando del CHISME ayer,
órgano de las señoras
me dieron su parecer
dos chicas encantadoras.

...—Conque ¿gustará?—Si vale
mi opinión, mucho, Collantes.

—¡Nada! pues mañana sale.

—¡Ay! ¡si! sáquelo cuanto antes.

—¿Y á Vd? ¿Le gustan Andrea
los periodiquillos esos?

—¿Yo?... El primer CHISME que vea
me lo he de comer á besos.



Desde el número próximo se encargará de escribir
la Crónica semanal de EL CHISME, el reputado escritor
que se oculta bajo el pseudónimo de *Canuto Delgado*.



A Juana le pregunté:
—¡Dime! ¿tienes *La Semana*?
y ella, yo no sé por que
se puso como la grana.



¿Saben Vds. á cuánto dicen los periódicos de Madrid

que asciende lo defraudado por *Pepe el huevero* en un
mes, y sólo en el fielado del Norte?

Pues á treinta mil duros.

Yo no sé si ese fraude lo habrá hecho con huevos
(sino, ¿por qué le llaman *Pepe el huevero*?) pero de to-
dos modos, pargo en cuarentena la noticia.

¡30,000 duros mensuales!

¡Se necesitan muchos huevos para eso!



Mi amigo Juan no comprende
como á la *Tomasa* Blasa
no la insulta ni la ofende,
diciendo que *La Tomasa*
por diez céntimos se vende.



Estamos Je enhorabuena.

Por fin, despues de dos meses de incertidumbre y de
angustia se nos ha levantado el dichoso estado de sitio,
que se iba haciendo más largo que el *idem* del matri-
monio.

Ya podemos salir á la calle sin temor de estornudar
demasiado fuerte, y llamar á voces á los amigos ó co-
rrer huyendo de los ingleses, sin temor á morir fusila-
dos aunque le pisemos el dedo gordo á un quinto.

¡A buena hora sacamos nosotros EL CHISME si no
llega á envainar los sables la tropa!

Imp. de Calzada é Hijo, Arco del Teatro, 9, (pasaje)

LOS VIEJOS VERDES, POR «MECACHIS.»



Dame con tu piquito
de lo que comas,
como los palomitos
á las palomas.
(Cantar popular.)

ANUNCIO

EL CHISME

ÓRGANO DE LAS SEÑORAS

PERIÓDICO CASI VERDE SEMANAL, LITERARIO, ILUSTRADO

Saldrá los martes y colaborarán en él los mejores escritores y los más

renombrados dibujantes

NO ADMITE SUSCRIPCIONES

PRECIOS DE VENTA:

Número suelto.	10	céntimos.
Id. atrasado.	25	“

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Imprenta Militar de Calzada é Hijo, Arco del Teatro, 9, pasaje.

HORAS DE DESPACHO

DE TRES Á CINCO DE LA TARDE, TODOS LOS DIAS LABORABLES